EL BANDIDAJE EN EL SIGLO XIX: UNA FORMA DE SUBSISTIR

Paul VANDERWOOD
San Diego State University

EN SUS ARDUOS viajes por las retorcidas veredas y los destrozados caminos del México decimonónico, los viajeros esperaban siempre encontrarse con los bandidos. Para la ocasión se vestían modestamente y llevaban las joyas menos valiosas que poseían. Algunos ponían al día sus testamentos antes de partir, pero eran una minoría, porque los bandoleros mexicanos eran tan conocidos por su caballerosidad como por su audacia; tan capaces de asaltar a un obispo como de besar su anillo en acto de contrición. Con frecuencia pedían perdón a sus víctimas por la necesidad en que se veían, según decían, de privarles de sus pertenencias. Algunas veces respetaban el último peso de una persona, pues decían que quizá lo necesitara para comer más adelante en el camino. Naturalmente, los bandidos, en ocasiones, eran crueles y vengativos, sobre todo si su esfuerzo les producía escaso botín. Entonces no vacilaban en quitar a su presa todo lo que llevara encima, hasta la ropa interior. Algunos viajeros, sin duda, se sentían aliviados cuando veían el cráneo ennegrecido de algún bandolero famoso clavado en un árbol por las autoridades, a manera de advertencia para los demás. En general, los viandantes parecían más fascinados que asustados por los bandoleros. Incluso se mostraban decepcionados si terminaban el viaje sin el menor encuentro con facinerosos. Querían tener cosas que contar a su llegada, pues las correrías de los bandidos eran la comidilla del día.[1]

Los bandoleros impregnan parte de la historia de México

[1] VANDERWOOD, 1981, pp. 3-15. Véanse las explicaciones acerca de siglas y referencias al final de este artículo.

en el siglo pasado, aunque su estilo, su modo de operar y la resonancia de sus éxitos, se fueron modificando a medida que la nación se modernizaba siguiendo lineamientos capitalistas. Las actividades de los forajidos siempre reflejaron su época, y eso las hace fuente inestimable de estudio histórico. Durante todo aquel periodo, inmensamente cambiante, las motivaciones de los bandidos mexicanos parecen haber sido siempre las mismas; siempre demandaron su participación en los beneficios de una sociedad que les daba pocas oportunidades legítimas de prosperar.

En general, los bandoleros eran marginados ambiciosos que querían su parte. Con tal fin frecuentemente tenían tratos con los caciques rurales, y viceversa, y no porque gustaran mucho unos de otros, sino por necesidad. Con frecuencia, las *élites* preferían exterminar a los facinerosos, no transar con ellos, pero no siempre les era posible hacerlo. Los bandidos solían entender el comercio tan bien como los comerciantes a quienes proporcionaban mercancías robadas, y si se disgustaban podían ser fuertes competidores en los negocios. Dadas estas circunstancias, lo más sensato era llegar a un acuerdo.[2]

Durante buena parte del siglo XIX, los bandidos de México tuvieron poder. En algunas regiones eran ellos quienes dictaban las condiciones del comercio. En la segunda mitad del siglo, tenían fuerza suficiente para tratar de imponer sus exigencias al propio gobierno de la nación. Amenazaban con "Incorpóranos, porque si no. . ." Y el gobierno, en parte, accedía; en algunos casos empleaban a bandoleros famosos en la policía federal, prudente política que tuvo precedentes en otros lugares en tiempo pasados. Como policías, los bandidos operaban a ambos lados de la ley para su provecho propio.[3]

Cuando, en la última parte del siglo, nuevos y poderosos incentivos capitalistas atrajeron en otra dirección a sus tradicionales y bien ubicados aliados; cuando para los caciques se

[2] Toscano y Florescano, 1976, p. 83; Wolf y Hansen, 1967, pp. 170-173; Sinkin, 1979, p. 102; Hobsbawm, 1969, pp. 13, 32, 79-82; Glantz, 1964, pp. 44-45, 237-239; Vázquez, 1976, III, p. 48; Mayer, 1850, II, p. 149.

[3] Vanderwood, 1981, pp. 51-53.

volvió más ventajoso aliarse al gobierno central que oponérsele, estos antiguos socios de los bandidos prefirieron financiar fuerzas de seguridad para darles caza, con lo que los bandoleros mexicanos salieron mal librados en sus enfrentamientos con la autoridad. Pero no se acobardaron ante el reto, y entonces, su imagen mejoró en la mente del pueblo; aunque esa imagen deformaba la realidad.

Los bandidos no son sólo hombres; también son mitos. La rutina del forajido, su constante fuga de la ley, la ocultación por tiempo indeterminado en escondites carentes de comodidades y el persistente temor a la traición de algún camarada, no parece impedir la admiración de que se les rodea. El modo de vivir de los bandoleros no podría considerarse bueno. Tampoco son muchos los bandidos afortunados en el amor; son gente solitaria, y sus pocos escritos resuman autocompasión. Con seguridad fueron muchos más los que murieron en forma violenta que los que fallecieron en su cama. Muchos fueron víctimas de socios desilusionados, codiciosos o desesperados que obtuvieron su libertad vendiendo a la policía los secretos de la pandilla. En pocas palabras, la vida de los bandidos es trágica, con frecuencia en la realidad y siempre en el mito, pero este trágico aspecto de su existencia da pábulo a su mito y les vale la inmortalidad.

Los mexicanos adoraban a sus bandidos: "Ahí viene Heraclio Bernal, el Rayo de Sinaloa". Las incursiones anfibias y fantásticas de Santanón cerca de Veracruz; los inteligentes y burlescos caprichos de Chucho el Roto, en torno a la capital, fueron temas de constante comentario cariñoso. Algunos consideraban que Chucho el Roto sería un buen diputado federal, mejor que la mayoría de los que poseían un escaño, porque entendía muy bien la economía. Otros buscaban su consejo para reformar las prisiones.[4] Independientemente de su posición social, en general, la gente parecía apreciar a los bandidos como manifestaciones de independencia, de libre aibedrío y aun de protesta en un medio social cada vez más

[4] González Navarro, 1957, p. 433. *El Correo del Lunes*, junio 9 de 1884, pp. 2-3; *El Cable Transatlántico*, agosto 23, 1881, p. 3; *El Monitor Republicano*, junio 1, 1884, p. 3; octubre 31, 1885, p. 3; *El Tiempo*, junio 3, 1884, p. 4.

marcado por la frustración personal, cuando no por el embrutecimiento y la opresión desembozada. Hasta donde alcanzaba el mito, los bandidos preferían la libertad a la seguridad. Por doquier aplaudía la gente esa actitud, aunque no se arriesgaran a adoptarla para sí.

Los nombres y las hazañas de esos bandoleros siguen excitando la imaginación popular en México. Perduran en novelas y tiras cómicas; se les ensalza en las pantallas de cine y de la televisión, y se les honra o repudia en esa creación tan mexicana que es el *corrido*.[5] Además, los bandidos mencionados son de los más famosos del país; alcanzaron y conservaron talla verdaderamente nacional. Sin embargo, cientos de otros, igualmente apreciados, pero opacados en parte por su regionalismo o localismo, sobreviven en la tradición oral de los campesinos que todavía se aferran a su economía tradicional de subsistencia (la milpa) en pueblos aislados del interior, cuyo centro social siguen siendo las cantinas donde antaño bebieran los bandidos. En estos lugares, el pueblo sigue platicando de sus héroes bandoleros aunque sus nombres sean ignorados en los documentos oficiales, los registros de arrestos de la policía, los relatos de viajes y otros documentos semejantes.

El nombre de algún bandido del siglo pasado todavía se ve de vez en cuando pintado en una pared de adobe —llamado al pasado como alivio del presente— aunque son más visibles en nuestros días los nombres de una nueva estirpe de bandidos revolucionarios, dedicados a socavar a la sociedad contemporánea.[6] Pero los bandidos del pasado siguen te-

[5] Para ejemplos populares entonces en boga: ANÓNIMO, 1981?; ISLA, 1980. Un excelente libro acerca del corrido, MENDOZA, 1954. Para corridos acerca de bandidos, en el mismo libro, ver pp. 206-221.

[6] Dos ejemplos recientes son Jenaro Vázquez Rojas, maestro de escuela del estado de Guerrero, muerto por soldados del ejército en 1972 y Lucio Cabañas, también maestro, quien durante siete años eludió la persecución federal, hasta 1974, cuando pereció en un accidente automovilístico o a manos del ejército —las circunstancias de su muerte no han sido del todo esclarecidas. En el verano de 1982 la prensa dio cuenta de un brote de bandidaje, dirigido por individuos tipo Robin Hood, en la porción septentrional del estado de Michoacán.

niendo atractivo. Los mexicanos admiran todavía a aquellos audaces proscritos, con frecuencia altivos, de tiempos antiguos que en su implacable búsqueda de mejoramiento personal desdeñaban su propia seguridad y desafiaban, con vehemencia, un sistema social que los marginaba o perseguía. Símbolos de protesta. . . tal vez. Por eso los bandidos mexicanos del siglo pasado, encubiertos en sus nuevos mitos, de manera aparente han terminado por estar en el lugar que siempre quisieron tener en vida, el de miembros respetados del orden establecido en donde quizá verifiquen sueños quiméricos, pero que difícilmente podrían incitar al cambio.

El México colonial sin duda tenía bandidos, pero su númro parece haber sido bastante escaso en muchos periodos. Los relatos de viajes, inclusive los adversos como el de Thomas Gage, no hablan de encuentros con bandoleros; y los historiadores militares han observado que los arrieros no se armaban mucho para defenderse de los bandidos. El profesor Colin MacLachlan, que estudió la criminalidad en la Colonia a través de la institución oficial destinada a combatirla, la Acordada, descubrió pocos procesos de lo criminal por bandolerismo y llegó a la conclusión de que la Acordada era más bien un instrumento de control político centralizado que de cumplimiento de la ley.[7]

Pero el bandidaje se convirtió en grave problema en las dos últimas décadas de la Colonia. El profesor William Taylor anota el brote en la Nueva Galicia, en los alrededores de Guadalajara, y lo relaciona, entre otras cosas, con el rápido incremento de la actividad económica en el distrito. En la década de 1790, dice: el bandolerismo fue una forma característica de actividad ilegal en el oeste de México: "La mayor riqueza y el mayor comercio entrañaban movimiento en los caminos reales, y mayores oportunidades para los bandidos de lograr un rápido acceso a la riqueza transportable y a los beneficios materiales que procuraban una economía de contado".[8]

Utilizando documentos de los procesos, Taylor consiguió

[7] THOMPSON, 1958; carta de Christon I. Archer, University of Calgary, a Vanderwood, marzo 22, 1978; MACLACHLAN, 1974, p. 51.

[8] TAYLOR, 1982, p. 56.

esbozar el perfil del bandido típico: "Tenía poco más o poco menos de treinta años, era un jornalero o un artesano pobre sin trabajo regular, analfabeto y racialmente es posible que fuera español o indio".[9] Al acercarse la Guerra de Independencia, el bandolerismo se hizo endémico en la Nueva Galicia.

Todo es posible en la guerra, y México llevaba unos trescientos años sin guerra general. Por eso la gente aprovechó las oportunidades sin precedentes de progresar individualmente que brindaba el quebrantamiento de la autoridad real durante la turbulencia del movimiento independentista. Se establecieron nuevas bases de poder, y se las defendió de los competidores. La riqueza material se redistribuía por la fuerza. Los secuaces de bandidos como "El Huacal", "El Castrador" y el "Coronel de coroneles", junto con los hermanos Ortiz y Pedro de Negro, se hicieron tristemente famosos por sus crímenes. Los generales realistas saqueaban igual que los guerrilleros nacionalistas, y todos ellos cambiaban de bando a voluntad. El bandido García pasó al servicio de los españoles en Orizaba, pero cuando la resistencia general española declinaba, volvió al bandolerismo. Los mexicanos se quejaban de sus brutalidades, y en respuesta García se dedicó a enterrar vivas a sus víctimas. Al fin fue capturado y desterrado a California, donde reanudó sus latrocinios.[10]

El profesor Christon Archer ha demostrado que tanto los realistas como los rebeldes prolongaban deliberadamente la guerra por las fáciles ocasiones de saquear que brindaba, so capa de patriotismo. La línea divisoria entre guerrilleros mexicanos, supuestamente patriotas, y bandidos, se hizo tan borrosa que Archer les da el título de bandidos guerrilleros. Debido a la inseguridad de los caminos, los comerciantes tenían que contratar unidades análogas a las militares para que protegieran sus mercancías en tránsito. Y así, el comercio nacional dependía de la voluntad del ejército y de los bandidos,

[9] Taylor, 1982, p. 37.

[10] Lyon, 1828, ii, pp. 171-172; Guerrero, 1901, p. 204; Vázquez, 1976, iii, pp. 12-15; Hardy, 1829, pp. 164-165; Ward, 1829, i, p. 231; Wolf y Hansen, 1967, pp. 170-172; Tayloe, 1959, p. 35; Villoro, 1976, ii, pp. 348-349; González y González, 1973, p. 85.

quienes aprovechaban el desorden para enriquecerse. Los bandoleros vendían el producto del pillaje a comerciantes que lo distribuían en las ciudades, Guanajuato era una de ellas. Agustín de Iturbide vendía permisos de salida a los españoles que temían ser muertos durante los disturbios. Su lucro dependía de que continuara el desorden. Sólo la oportunidad de recompensas mucho mayores persuadió a Iturbide de traicionar a su Rey y entablar las negociaciones que condujeron a la Independencia formal.[11]

Tras de un breve coqueteo con la monarquía, un grupo de dirigentes mexicanos se decidió por una república federal, en gran parte impuesta al país por las realidades del desorden nacional y sancionada en la Constitución de 1824. Después empezó el debate armado entre los caciques. Sin instituciones eficaces para mediar en sus diferencias, los mexicanos padecieron 800 revueltas entre 1821 y 1875.

El bandolerismo, los alzamientos campesinos, los ejércitos rapaces y las guerras de castas, todo se combinó para mantener a buena parte de México en agitación. Ninguna propiedad, ninguna ruta comercial era segura. Las dos fuerzas responsables de la continuación de la violencia eran los bandidos y el ejército, y éstos a menudo operaban conjuntamente y vendían mercancías robadas para su provecho mutuo. Los bandidos habían surgido de la lucha por la Independencia en pequeñas gavillas de antecedentes varios, unidas por el deseo común de salir adelante. Habían saqueado tanto en calidad de monárquicos como de republicanos durante la guerra, y al terminar ésta no quisieron volver a sus hogares. Tenían la intención de tratar con los nuevos dueños del poder. Reforzaban las gavillas de peones a quienes se había dado armas y mandado a luchar. Después de la victoria, estos hombres comunes se negaron a entregar sus rifles, y cuando el erario no tuvo con qué pagarles sus servicios, se volvieron bandoleros. Igual hicieron otros, decididos a proteger de la intervención centralista, la tierra que habían ocupado durante la contienda. Todos ellos se convirtieron en rebeldes, decidi-

[11] ARCHER, 1982, pp. 59-60, 73-75, 85-88; cartas personales de Archer a Vanderwood, enero 4 y marzo 22, 1979.

dos a redistribuir el prestigio y los bienes en favor propio, aunque no de acuerdo con ninguna ideología.[12]

Estos nuevos bandoleros no eran todavía suficientemente fuertes para regular los negocios por sí mismos; no eran como los *Plateados* de mediados del siglo. Por eso, muchos de aquellos antiguos bandidos se hicieron servidores de los intereses regionales en competencia. No había una causa común con el México provincial, como no fuera la mutua determinación de tener en jaque a la autoridad central. Los caciques rurales, muchas veces, eran enemigos mortales por cuestiones de ventaja económica, influencia política y prestigo social. Con frecuencia, el número de armas de fuego con que podía contar un hombre decidía el vencedor. La relación entre bandoleros y caciques se asemejaba a una sociedad más que a un contrato entre empleador y empleado. En general, los hacendados hubieran preferido ahorcar al bandido en vez de tratar con él; y lo probaron más tarde cuando respaldaron la dictadura de don Porfirio y su policía rural; pero dada la incertidumbre de las condiciones que privaron, antes de ese momento, los propietarios tenían que entenderse con ellos para obtener servicios comerciales, protección y retribución. Los comerciantes también cortejaban a los bandidos, por temor y por afán de lucro. Los hacendados hubieran preferido una policía eficaz, pero no la había. Entonces vendían a los salteadores los artículos que necesitaban para continuar con sus actividades ilícitas. Cuando lo hacían, las autoridades locales y las personas acomodadas miraban hacia otro lado. Si aquellos delincuentes no satisfacían sus necesidades de una manera, lo harían de otra.[13]

Los bandidos servían también a los ejércitos reclutados por políticos ambiciosos de poder, y aun de la presidencia. Los que aprovechaban la oportunidad de saquear dentro de los

[12] López Cámara, 1967, p. 233; Winter, 1923, p. 330; Vázquez, 1976, iii, p. 60; Guerrero, 1901, pp. 213-214; Coatsworth, 1978, pp. 10-11.

[13] Toscano y Florescano, 1976, p. 83; Wolf y Hansen, 1967, pp. 170-173; Sinkin, 1979, pp. 95-96; Hobsbawm, 1969, pp. 13, 32, 79-82; Glantz, 1974, pp. 44-45, 237-239; Vázquez, 1976, iii, p. 48; Mayer, 1850, ii, p. 149.

límites de una causa política eran reclutas mucho más seguros que los indios, que podían desertar para volver a su tierra a sembrar y cosechar su grano. Si ganaban los de su bando, tanto mejor para los bandidos, y si no, era práctica común perdonar a los vencidos y aun recompensarlos con la esperanza de comprar su obediencia. Era ese tipo de garantía el que convenía a los bandidos; posteriormente, los dirigentes de la nación les dieron trabajo de policía al servicio del Estado.[14]

Sin duda hubo en México una epidemia de bandolerismo después de la Independencia, pero no fue sino al estallar la guerra civil en 1857 cuando los bandidos empezaron a tener poderío regional. En la década de 1860 la guerra intestina culminó en una intervención extranjera, en la que los bandoleros desempeñaron un papel importante, en buena parte a favor del ganador. Después de la guerra los vencedores tuvieron entonces que satisfacer exigencias de sus aliados bandoleros o atenerse a las consecuencias.[15]

Los reformistas, vagamente agrupados como liberales, tomaron las riendas de la nación en 1854, con planes para reordenar la sociedad. Recortaron los tradicionales privilegios del ejército, de la iglesia y de las comunidades indígenas en su afán de formar una entidad nacional y un electorado político. Al mismo tiempo recubrían la nueva estructura con elementos de republicanismo formal y capitalismo, destinados a modernizar a México siguiendo los lincamientos de Estados Unidos y Europa occidental. La alteración del antiguo orden, naturalmente creó nuevo desorden, pero incluso después de triunfar los liberales en la contienda civil, los intrusos extranjeros, patrocinados por el imperialismo francés y alentados por la disidencia mexicana, quebrantaron el liderazgo del país, y la querella civil implicó a la soberanía nacional. Nada fomenta el bandidaje como un poder central ineficaz empantanado en una guerra por la supervivencia. Las diferencias entre soldado, bandolero, patriota y vengador simplemente desaparecieron.

[14] López Cámara, 1967, pp. 235-236; Guerrero, 1901, pp. 213-214; Tayloe, 1959, pp. 67-68; *Archivo mexicano*, 1856-1862, II, p. 677.

[15] Vanderwood, 1981, p. 6.

Los bandoleros estaban en venta. . . pero al precio que ellos mismos marcaban. Y no vacilaban en cambiar de bando cuando alguien les ofrecía una paga mejor o cuando los resultados en el campo de batalla les aconsejaban cambiar de color político. Los bandidos no exploraban, espiaban, o mantenían comunicaciones entre disímiles unidades militares por una paga en efectivo; en lugar de eso saqueaban a su paso y a su antojo. El saqueo los sustentaba y remuneraba. Aunque los participantes lamentaban la necesidad de emplear en calidad de combatientes a bandoleros conocidos, ellos hacían otro tanto, sobre todo los acosados liberales con su presidente Benito Juárez.[16] Dado su precario dominio de la situación, los bandidos los ayudaban a salir del paso. En primer lugar, los forajidos causaban tales destrozos en el campo que los conservadores, dueños del capital, no podían financiar la pacificación necesaria para consolidar su régimen. Los bandoleros agotaban los recursos de las arcas de los conservadores. Y poco después, cuando los imperialistas franceses amenazaban sofocar la resistencia final republicana a la imposición de un monarca europeo en México, las guerrillas de facinerosos embestían por la retaguardia y arrebataban la victoria al enemigo, hasta que el fin de la guerra de Secesión en Estados Unidos y la amenaza de agresión prusiana contra Francia convencieron a Napoleón III de retirar sus tropas y poner fin a su intervención en México.[17]

¡Y cómo peleaban aquellos adversarios saqueadores! Antonio Rojas y sus *Galeanos* en Jalisco eran perseguidos por los congéneres del capitán Berthelin y sus contraguerrilleros franceses. Rojas era un asesino de lo peor. Quemaba poblaciones enteras cuando no acogían hospitalariamente a los suyos, y degollaba a los mexicanos que se negaban a proporcionarles alojamiento cómodo y comidas sabrosas. Sin duda era un estorbo para los liberales, pero sostuvo su causa en buena parte

[16] Guerrero, 1901, p. 213; Ortiz Vidales, 1949, p. 21; Popoca y Palacios, 1912, pp. 62, 65, 73; Ochoa Campos, 1966, ii, p. 87; Buenrostro, 1874, iv, pp. 373-375, v, pp. 415-416; Giron, 1976, p. 35, citando a Ugarte, 1964, iii, p. 242.

[17] Vanderwood, 1981, pp. 6-7.

del centro y el oeste de México, en el crítico año de 1864. Por otra parte, los combatientes regulares franceses les hicieron un favor a los republicanos al fusilar a Rojas, en enero de 1866, cerca de Tecolotlán, Jalisco.[18]

Tal vez Berthelin fuera aún peor que Rojas. Era el francés un racista sediento de sangre, un tigre incluso en la victoria. Se distinguía por su afeminada vestimenta, y se adornaba con joyas extravagantes tales como anillos, afeites y perfumes. Mató a cerca de 500 mexicanos en Colima y Jalisco. Hubo días en que asesinaba a cualquier mexicano con el cual se topara, independientemente de sus tendencias políticas, tan sólo para probar la superioridad de la civilización francesa. Los milicianos mexicanos acabaron por alcanzarlo, en noviembre de 1866, en Coalcomán, Michoacán. Lo mataron y llevaron un pedazo de su cuero cabelludo a Coalcomán para que los ciudadanos pudieran oler la pomada que llevaba en el pelo.[19]

La década de 1857-1867, de continua agitación en México, produjo todo tipo de bandidos, desde combatientes en toda regla como Rojas y Berthelin hasta multitud de gavillas y aun solitarios como "La Carambada" que, vestida de hombre, asaltaba a los viajeros en los alrededores de Querétaro. Tras de despojar a sus víctimas, esgrimía la pistola en una mano y se desnudaba un pecho con la otra. "Mira quién te asaltó", galleaba, lo que era todo una afrenta al machismo.[20] Los trenes de abastecimiento de aquel periodo eran menos saqueados por los bandoleros que los pasajeros de las diligencias, ya que los convoyes llevaban buena custodia, algunas veces, de bandidos contratados. Las diligencias también llevaban sus guardias de seguridad, pero eran notoriamente inútiles y a menudo estaban confabulados con los asaltantes. Algunas veces los guardias cobraban a los pasajeros su paga por adelantado y después desaparecían.[21] En realidad se creó un

[18] Paz, 1944, pp. 33-34, 41-42; Vigil [1888-1889], v, pp. 678-681; Peregrina, 1978, pp. 10-11.

[19] Vigil [1888-1889], v, pp. 678-681; Paz, 1944, pp. 33-34, 41-42.

[20] Ochoa Campos, 1966, ii, p. 87; Flores y Peregrina, 1978, pp. 2-8.

[21] Hill, 1860, ii, pp. 223, 270-271; Evans, 1870, p. 203; Geiger, 1874, pp. 96-97; Wilson, 1856, p. 123; López-Portillo y Rojas, 1921, p. 77; Mayer, 1844, p. 10.

sistema de peaje. No tan bien organizado como en España, donde los viajeros podían adquirir un seguro de viaje llamado *viaje compuesto*, contra el robo. O bien podían pagar su boleto y arriesgarse a un *viaje sencillo*, ya que en México podía comprarse un salvoconducto en Veracruz. Algunas veces era posible también adquirir, del primer asaltante con que se topaban, un salvoconducto válido para el resto del viaje.[22] De otro modo, el viajero corría el riesgo de que lo despojaran muchas veces en el camino hasta su punto de destino. Tal vez no quedara mucho para el último asaltante, quien entonces solía quedarse con la ropa de los viajeros. No fueron pocos los que llegaron a algún hotel de la ciudad de México envueltos en periódicos. Su apresurada carrera del coche al Hotel Iturbide solía ser todo un espectáculo para observadores.[23]

Los bandidos más conocidos de esta época fueron los "Plateados" de Morelos, que como muchos forajidos eran tan temidos, por su brutal poder, como admirados por su altiva audacia. Por encima de todo eran, generalmente, respetados como representantes del tipo nacional mexicano, el *charro*, el mejor de todos los vaqueros, poseído por una arrogancia masculina que ponía de relieve sus cualidades de jinete y enamorado. No había potro cerril que se salvara de su reata, ni víctima que se librara de sus tiros. Pero solía ser mucho menos afortunado con las mujeres. Los había elegantes, con sus sombreros de copa alta y ala ancha, sus chaquetillas de cuero tipo bolero y sus pantalones bien pegados, todo lleno de entorchados y lazos de plata. Los "Plateados" ganaron el nombre por sus trajes especialmente ornamentados, así como las espuelas de plata y las sillas de montar cargadas de ornamentación plateada. Estos hombres no se consideraban fuera de la ley. Iban como los bandidos chinos, con las polainas abiertas para dejar ver su costosa ropa interior, demostración de que no eran asaltantes comunes. Los "Plateados", bandidos de categoría, se vestían de acuerdo con ese papel, pero no eran

[22] Martínez Ruiz, 1970, p. 58; Quirós, 1959, p. 231.

[23] Glantz, 1964, p. 44; Stephens, 1884, p. 181; Dunbar, 1860-1861, p. 114; Becher, 1880, p. 137; García Cubas, 1945, p. 201; López Cámara, 1967, p. 234; Knox, 1902, p. 75.

caballeros ni Robin Hoods. Su causa social era su propio enriquecimiento. Eran rudos competidores en un sistema que todavía carecía de instituciones bien desarrolladas de cambio y medios legítimos de enriquecimiento.[24]

Los "Plateados" aparecieron debido a la incapacidad en que se hallaron generales liberales importantes, como Jesús González Ortega, de recompensar a sus voluntarios con algo más que las gracias después de arrebatar a los conservadores la ciudad de México en 1860. La compensación durante la campaña había tomado la forma de pillaje, pero ahora el acceso a la capital estaba prohibido a los saqueadores. Tras de probar lo que redituaban los campos de combate, aquellos veteranos no estaban dispuestos a volver a casa para meramente subsistir; se quedaron con las armas y el equipo que les habían dado y se dedicaron al bandolerismo.[25]

Los "Plateados" no fueron sólo una gavilla muy grande, sino también un fenómeno social que se daba por doquier en México. Otros "plateados" surgieron en Veracruz, Puebla y Guerrero. Eran grandes partidas de hasta mil hombres que hacían negocios en las zonas donde operaban. Sus escondites eran muy conocidos: el Monte de las Cruces, en la carretera a Toluca; Río Frío, en el camino de la capital a Puebla; Cuesta China, en dirección de Querétaro y Tlaltizapán, en Morelos. Los hacendados les daban caballos, dinero, alojamiento, y hasta grandes banquetes, de lo contrario hubieran perdido mucho más, quizá todo. Los ricos tenían que llegar a un avenimiento con los bandidos. ¿A quién podían acudir en busca de protección? No había fuerza de policía eficaz en el país, y denunciar a un bandido era provocar su venganza. Cuando los forajidos secuestraban al mayordomo de una hacienda, reforzaban sus exigencias de rescate con amenazas de acabar con las cosechas, el ganado y la casa del hacendado recalcitrante. No había más remedio que entenderse. Los hacen-

[24] Hobsbawm, 1969, p. 29; López Cámara, 1967, p. 233; Popoca y Palacios, 1912, p. 13.

[25] Pococa y Palacios, 1912, pp. 5-7, 92; Vigil [1888-1889], v, p. 444; Bravo Ugarte, 1964, iii, p. 242; Giron, 1976, p. 35; Geiger, 1874, pp. 308-309.

dados proporcionaban a los bandidos mercancías, armas y seguridad. Más de un viajero se quejaba de que lo habían asaltado a la vista de una hacienda, o de que un hacendado le había negado ayuda después de asaltado.[26] Estos Plateados no eran servidores a sueldo, como lo habían sido muchos bandidos en décadas anteriores, sino que eran sus propios amos. Los bandoleros de aquella edad de oro del pillaje no solían corresponder a los favores de los hacendados; se decía que uno de los más inteligentes Plateados, Felipe "El Zarco", se había abierto camino hasta los más elevados círculos sociales de Cuernavaca. Tras de conquistarse la confianza de los ricos sugería algún paseo por el campo y no tardaba en desviarlos para conducirlos a una guarida de facinerosos.[27]

A fines de 1861 los Plateados habían paralizado el comercio en grandes extensiones del estado de Morelos. Las mercancías se desplazaban como ellos querían, y exigían considerables derechos por el movimiento de los carros. Las autoridades, algunas indudablemente coludidas con los salteadores, se negaban a perseguirlos y cuando lo hacían, unos jueces comprensivos, temerosos tal vez de la venganza, los ponían en libertad. Las bases de la operación eran el temor y las ganancias.[28]

Ante la intervención francesa, el presidente Benito Juárez amnistió a los Plateados y alistó a la mayor parte de ellos como guerrilleros republicanos. Siempre pragmáticos, estos bandidos se pusieron de parte de los franceses, que les pagaban muy bien y de los cuales se prometían un futuro mejor. Sólo cuando cambió el cariz de la contienda en contra de los intervencionistas, los bandidos imperiales se pasaron al otro bando.

[26] Blok, 1972, p. 497; Hobsbawm, 1969, p. 77; Dunbar, 1860-1861, p. 113; mrp, núm. 3513, Lorenzo Calderón a Mariano Riva Palacio, noviembre 30, 1849; mrp, núm. 8172, José María Verdiguel y Fernández a Mariano Riva Palacio, octubre 21, 1869; mrp, núm. 9104, Francisco Limón a Mariano Riva Palacio, febrero 9, 1871; Berge, 1975, pp. 19-20; Giron, 1976, p. 56; Popoca y Palacios, 1912, pp. 36, 40-41, 76-77; Ochoa Campos, 1966, ii, p. 87; Ortiz Vidales, 1949, p. 18; García Cubas, 1945, p. 200; Couturier, 1965, p. 114.

[27] Popoca y Palacios, 1912, pp. 33-35; Ortiz Vidales, 1949, pp. 15-19, 33-36.

[28] AGNM Leg. 1384, Exp. "Plateados".

Después de la victoria, Juárez tenía que recompensar a sus incómodos aliados o verlos volver al bandolerismo. Pero Juárez, concordando con otros gobernantes que se encontraron frente a una realidad semejante, tuvo el buen sentido de transformar a los forajidos en representantes de la ley. De este modo, los bandoleros fueron el núcleo de la famosa policía rural de México, los *Rurales*.[29]

El bandidaje persistió durante la dictadura de Porfirio Díaz, pero con un matiz muy diferente. Habían desaparecido las grandes cuadrillas del pasado, como los Plateados, y su capacidad de dominar regiones enteras e imponer sus exigencias al gobierno. En su lugar apareció un número reducido de bandoleros solitarios, con pandillas relativamente pequeñas, de compañeros que todavía imponían a la imaginación de la gente, pero que ya no eran una amenaza para el orden público. Reflejaban con certeza el cambio que se estaba produciendo en el país. A medida que afluía el capital de inversión, resultaba más ventajoso para los caudillos locales, que anteriormente habían inducido y favorecido el bandolerismo a manera de cortina de desorden contra el dominio central, suprimir tales barreras y unirse a la dictadura para el enriquecimiento mutuo. Y así los bandidos no sólo perdieron a sus más influyentes asociados en el campo, sino que los mismos amigos que los habían alentado y sostenido financiaban ahora fuerzas de seguridad para darles caza.[30]

Esta ruptura de la anterior relación, entre facinerosos y cómplices ricos, no significaba que los mexicanos en general rechazaran a aquella nueva generación de bandoleros. Sin embargo, las actitudes habían cambiado. Los mexicanos habían celebrado durante mucho tiempo a sus bandoleros, pero más por su poder colectivo y su arrogante dominio regional. Más que considerarlos como sujetos molestos, a los Plateados los

[29] VANDERWOOD, 1981, pp. 11, 51-53; AGNM, Leg. 1384, Exp. "Plateados"; GUERRERO, 1901, p. 217; PAZ, 1944, p. 61; MRP, núm. 7445 [cuaderno] Miguel Cardena Asunción [sin firma], febrero 2, 1862 a 20 de abril, 1863; MRP, núm. 7533, Miguel Cardena Asunción a Mariano Riva Palacio, marzo 11, 1863; VANDERWOOD, 1970, pp. 323-344.

[30] VANDERWOOD, 1981, p. 94.

admiraban como mandones severos, pero aquellos bandidos del porfiriato eran ensalzados por el modo en que se burlaban del orden establecido, y por el ingenio y el vigor con que desafiaban a la autoridad, aun cuando fueran figuras trágicas condenadas a la derrota y la muerte temprana. Parecían expresar una independencia que muchos mexicanos sentían haber perdido o nunca gozado, y la cultura popular de la época, sobre todo en los corridos, los revestía de una legitimidad que auguraba peligro para el gobierno constituido.

Chucho el Roto (Jesús Arriaga), era un ebanista mestizo de escasos ingresos, habitante de la capital, que complementaba sus entradas con el ejercicio del bandolerismo. Se rumoraba que un amor frustrado lo había empujado a esta actividad. En un arrebato de pasión había plagiado y violado a la dama que amaba, pero no la podía cortejar debido a su elevada condición.[31] Es probable que se tratara de un mito, pero subrayaba el real e infranqueable abismo que separaba a los pobres de los ricos.

Se creía que su delito había obligado a Chucho a dedicarse de lleno al bandolerismo, más como un caballeresco Robin Hood que como un temerario asesino. Arriaga se alababa de nunca matar a sus víctimas, y la gente lo creía. La Iglesia era un blanco favorito, plagiaba a sacerdotes y pedía rescate al obispo, o simplemente vaciaba las bolsas de los ricos feligreses que iban a misa. Chucho insistía en que era cristiano. Un jefe político del estado de México ofreció 2 000 pesos por la vida del forajido. Arriaga mejoró la oferta: 2 000 pesos por la vida de cualquier jefe político a la mano, más una bonificación de 1 000 pesos por la cabeza de aquel adversario en particular. Probablemente mítico también, este relato indica el lugar que para el pueblo ocupaban los jefes políticos. Eran sin duda las pesadillas del régimen.[32]

El Correo del Lunes, de la ciudad de México, decía que Arriaga era un "bandolero civilizado", sociable, culto, elegante e instruido, y anotaba que el gran mundo de México estaba

[31] Quirós, 1959, pp. 343-349.

[32] Quirós, 1959, pp. 349-355; Ortiz Vidales, 1949, p. 66; *El Siglo XIX*, junio 2, 1884, p. 3.

lleno de "Chuchos", todos ansiosos de dinero, pero ninguno tan franco e impúdico como el bandido; la prensa llegaba hasta nominar a Chucho para el Congreso.[33]

Arriaga, descrito como un individuo de poca estatura, fornido y barbado, de rostro amable, fue capturado a los cuarenta años de edad en Orizaba, donde se decía que su ebanistería era la fachada para el robo que intentaba de una fábrica local de cigarros. La policía lo halló en compañía de otros tres bandidos, uno de ellos el conocido Francisco Valera, y en posesión de buen número de armas ocultas. Pero la cárcel no podía detener largo tiempo a Chucho, y su fuga, en 1882, hacía a la gente jurar que era algo más inasible que un ser humano. Tres veces se escapó, una de ellas burlando a doscientos soldados que lo custodiaban. Tras de cada una de sus recapturas, los mejores abogados de la capital se encargaron de su defensa legal. Los mexicanos de clase media se enorgullecían de sus relaciones con el malhechor y trataban de ocultarlo a sus perseguidores. *El Monitor Republicano* se lamentaba, incluso, de que las autoridades querían cargarle cierto número de delitos no aclarados, y exigía la prueba de su culpa.[34]

Capturaron definitivamente a Jesús Arriaga en 1884 en Querétaro, donde había vivido con su mujer dos años, haciendo trabajos de ebanistería y aligerando los bolsillos de la gente, a veces disfrazado de mujer. Había llegado a Querétaro vestido de turco, y empezó sus negocios vendiendo rosarios a los residentes de la ciudad, a los que consideraba "muy católicos". También robó casas de préstamos, y después preguntó a un reportero: "¿Desde cuándo es delito robar a los usureros?" ¿Cómo lo descubrieron? "Maldita sea. Por mi amor al arte". El arte teatral, porque lo aprehendieron en un teatro. Su retrato llevaba cierto tiempo circulando, y lo reconocieron por una cicatriz que tenía en la mano. Algunos suponían que había escapado hacia las comodidades de Europa, que se bañaba en el mar de Biarritz, pero Arriaga procla-

[33] *El Correo del Lunes*, junio 9, 1884, pp. 2-3; *El Cable Transatlántico*, agosto 23, 1881, p. 3.

[34] *El Monitor Republicano*, junio 1, 1884, p. 3; junio 21, 1884, p. 3; *El Tiempo*, junio 3, 1884, p. 4.

maba su patriotismo: tenía la intención de morir en México y declinaba comentar informes de que robaba principalmente para financiar la educación de una hija en Bruselas. Porque si Chucho no podía ser burgués, quería al menos tal bienandanza para su hija.[35]

El bandido aseguró a los periodistas que no tardarían en soltarlo y que pronto podría estrechar la mano de sus antiguos amigos, pero murió en 1885 en las lobregueces de San Juan de Ulúa. Hubo rumores de que había muerto a palos, esto inflamó la simpatía popular y provocó una investigación oficial sobre su muerte. El veredicto final fue disentería. Pero al cabo Chucho fue más fuerte que sus captores, porque logró sobrevivir y ha llegado a lucirse en la televisión mexicana.[36]

El Rayo de Sinaloa, Heraclio Bernal, trabajó de joven en las minas de plata de Sinaloa. Conoció la aspereza de aquella vida, pero la política del estado lo acercó al bandolerismo. Después de la intervención francesa, Sinaloa se dividió políticamente entre el presidente Juárez y su contrario, Díaz. Como su padre, Heraclio apoyaba a Juárez; después de Tuxtepec, las oportunidades políticas de Heraclio se esfumaron y se orientó hacia el bandidaje. Las minas de Sinaloa y Durango, de propiedad extranjera, presentaban un blanco fácil y prometían grandes recompensas. Los contrabandistas esperaban la plata robada a lo largo del litoral del Pacífico. Con el éxito, la realidad regional de Bernal se hinchó y convirtió en mito nacional.[37]

La política penetró en las correrías de Bernal. Para éste era muy divertido provocar al gobernador, porfirista, de Sinaloa, y esto le reportaba llamativos encabezados en la prensa. Habiendo ofrecido el gobernador una comida a un visitante oficial, Bernal organizó en un pueblecito un banquete aún más suntuoso para sus secuaces. Una vez invitó al gober-

[35] *El Tiempo*, junio 3, 1884, p. 4; *El Monitor Republicano*, octubre 3, 1885, p. 3; González Navarro, 1957, p. 433.

[36] *El Tiempo*, noviembre 5, 1885, p. 1; noviembre 13, 1885, p. 3, noviembre 8, 1885, p. 3; *El Monitor Republicano*, octubre 31, 1885, p. 3; González y González, 1976, II, p. 203.

[37] Quirós, 1959, p. 366; Gillpatrick, 1912, p. 329; Gill, 1954, pp. 141-147; Giron, 1976, p. 29; Nakayama A., 1975, p. 210.

nador a un baile que él organizó para unos amigos. Como era de esperar, el gobernador envió soldados, pero cuando llegaron el Rayo hacía tiempo que se había ido. A los mexicanos les gustaban las jugarretas de Bernal, inclusive las imaginarias. Pero no era broma cuando reunió apoyo sinaloense para los adversarios de Díaz en las elecciones de 1880. El movimiento produjo algo de calor, pero ningún fuego, y entonces volvió al bandidaje. "Ahí viene Heraclio Bernal" era una frase popular a escala nacional que indicaba terror, justicia, burla, respeto. Bernal desempeñaba cualquier papel menos el de perdedor.[38]

El Rayo de Sinaloa, según parece, solicitó en 1885 un puesto al servicio del gobierno. A Díaz le mandó decir que a cambio de su lealtad quería ser nombrado jefe político de un municipio sinaloense. Pedía también 30 000 pesos para su paga y el de una unidad de seguridad, y que se dejara libres a algunos miembros de su cuadrilla que tenía el gobierno, entre ellos su hermano. El presidente se burló de tanta presunción; Díaz no trataba con ladrones. Perdonaría a Bernal si se entregaba, pero no había promesa de empleo. El rebelde rechazó tan adversas condiciones. Sin duda hubiera sido un buen policía, pero debió resignarse a seguir siendo un excelente bandolero.[39]

Bernal dominaba algunas partes de Sinaloa y del vecino Durango con una gavilla que a veces llegaría hasta los cien hombres. Imponía préstamos a los ricos residentes de las poblaciones que asaltaba, atacaba las armerías y cuarteles y vendía plata de contrabando para financiar sus operaciones. Multó al administrador de una hacienda con 25 000 pesos por osar oponérsele. Como el administrador no pudo reunir la suma, Bernal le hizo firmar una nota de promesa. A continuación tomó 9 000 pesos y un rehén para asegurarse de que se cumpliría la promesa. A pesar de la amenaza del gobernador, de castigar a quienes ayudaran a Bernal, éste mantenía sustanciales vínculos comerciales. En cierto modo, la gente local no podía hacer otra cosa. Denunciar a Bernal les hubiera traído

[38] GILL, 1954, pp. 141-147; *La República*, noviembre 5, 1885, p. 1.
[39] COFFIN, 1898, pp. 199-200; WELLS, 1897, pp. 19-20.

represalias, que el estado no hubiera podido combatir. Valía más cooperar con él que arriesgarlo todo a su talante. Además, hasta los policías y soldados comprendían que era ventajoso vender armas y municiones a los bandoleros.[40]

Las ambiciones políticas de Bernal nunca disminuyeron. Si don Porfirio no le dejaba participar en su administración, tendría que derribarlo. Se adhirió a las revueltas contra el régimen porfirista, sin éxito, y en 1887 presentó su propia plataforma política, que pedía la adhesión a la Constitución de 1857, en particular a la sección en que prohibía las reelecciones. Pero el electorado que otrora apoyara tal propuesta ahora era partidario de mantener a Díaz. El reto de Bernal sencillamente llegaba demasiado tarde; sus días estaban contados.[41]

El fin de la guerra contra los yaquis en Sonora permitió al ejército federal dedicarse a Bernal. Para ayudar al ejército se reclutaron fuerzas contraguerrilleras entre los que conocían sus costumbres y su territorio. Allí no había solidaridad campesina. El común de los mexicanos se negaban a seguir los instintos revolucionarios de Bernal y se unieron a la persecución. Los gobernadores de Sinaloa y Durango ofrecieron una recompensa de 10 000 pesos por Bernal, y dos miembros de la gavilla mordieron el anzuelo y contribuyeron a preparar la emboscada en la que murió Bernal el 5 de enero de 1888. La gavilla se dividió, y algunos miembros parece que se unieron al famoso bandolero Ignacio Parra, de quien se dice fue maestro de Pancho Villa. Los federales dieron muerte a Bernal, pero no al Rayo de Sinaloa. Los periódicos publicaron un epitafio que se entendía, él mismo había redactado la víspera de su muerte. Cosa increíble: lamentaba no haber hallado un lugar en la sociedad mexicana. ¡Qué ironía! La gente admiraba a Bernal por su postura fuera de las estructuras sociales, y él había deseado siempre pasar a la administración. Pero Bernal acabó por tener su nicho dentro del sistema. Nicole Giron, que ha estudiado al hombre y al mito Bernal, descubrió que lo han celebrado en trece canciones,

[40] Giron, 1976, pp. 50, 57-58, 61, 65; *El Tiempo*, noviembre 12, 1885, p. 3; Chandler, 1978, pp. 45, 185.

[41] Gill, 1954, p. 147.

cuatro poemas y cuatro películas, alguna de ellas adaptada a la televisión. Los mexicanos al parecer lo recuerdan con nostalgia.[42]

Santanón, otro bandido aclamado, logró notoriedad a escala nacional en vísperas de la Revolución. Durante más de un año eludió a los celebrados Rurales, que tenían fama de apresar siempre a su hombre, pero no podían echar el guante a Santanón. . . y en realidad, tampoco a otros muchos como él. Las veces que estuvo a punto de caer agrandaron los mitos que el pueblo ansiaba creer acerca del bandido. *La Evolución*, de Durango deducía, en julio de 1910, que los Rurales debían estar disparando a Santanón con balas de salva. Era la única explicación de que el bandido se escapara siempre por "un pelo". Tal vez los Rurales no tiraban muy bien, pero nadie se atrevía a decirlo y no digamos creerlo. . . aunque era la verdad.[43]

Santana Rodríguez Palafox (Santanón) era un mestizo analfabeto que se había fugado de una plantación de caña, situada cerca de su población natal, San Juan Evangelista, en el estado de Veracruz.

Odiaba a sus amos, se los hizo saber, huyó, fue capturado y terminó literalmente encadenado a su miserable trabajo. La turbulencia de Rodríguez hizo que lo destinaran a un batallón de infantería del ejército en Oaxaca, pero desertó en 1903 y volvió a su casa, donde encontró que su madre había sido maltratada por las autoridades. Según un informe, la habían apaleado hasta darle muerte, detalle quizá inventado para legitimar sus tropelías. Otros decían que había dado con unos pistoleros, siendo joven e inquieto, o que había ido a parar al bandidaje de dolor por la muerte de su joven esposa. Unos insistían en que había dejado el trabajo honrado de la plantación para dedicarse a robar ganado. Otros opinaban que

[42] GIRON, 1976, pp. 19-20; GILL, 1954, p. 139; *El Monitor Republicano*, febrero 1, 1887, p. 2; GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, 1976, III, p. 29; QUIRÓS, 1959, pp. 368-369; REYES, 1920, p. 245.

[43] *La Evolución*, julio 1, 1910, p. 1; mi examen de los blancos utilizados por los rurales en sus ejercicios de tiro, y que se conservan en el Archivo General de la Nación, demuestran que sus integrantes eran tiradores mediocres.

lo habían acusado injustamente de abigeo y después lo habían asignado al ejército.[44]

Las frustraciones de Santanón, cualquiera que fuera su origen, lo lanzaron a un bandidaje dirigido, principal, pero no exclusivamente, contra los extranjeros cultivadores de caña y dueños de ingenios en el sur de Veracruz. Asesinó al gerente norteamericano de un ingenio y atacó a otros varios con un grupo de tan sólo siete compañeros. El hecho de que no lo pudieran apresar dio pábulo a la imaginación popular. Decían que Santanón no usaba armas de fuego, sino sólo un machete. Era un centauro protegido por las sombras de la noche. De hecho, nadie lo había visto; nadie lo conocía. Además, era anfibio, lo que explicaba que asaltara barcos de carga fluviales sin que lo vieran llegar. Los cuentos de sus aventuras se difundieron tan rápidamente como la ficción. Santanón no vacilaba en asesinar a los explotadores, pero también reclutaba por la fuerza ayudantes en los poblados indígenas, y los ponía al frente como carne de cañón cuando atacaba. Fusilaba a los desertores. Los indígenas deseosos de vengarse se unieron a las fuerzas federales para darle caza.[45]

Don Porfirio se preocupó seriamente cuando supo que Santana Rodríguez tal vez estuviera coqueteando con las ideas de los liberales radicales, que desde el exilio en Estados Unidos preconizaban el derrocamiento de la dictadura. El presidente envió apresuradamente a Veracruz considerables refuerzos, consistentes en Rurales, un batallón de soldados y artillería de campaña.[46]

[44] Quirós, 1959, pp. 370-373; *Periódico Oficial*, octubre 27, 1910, pp. 2-3; *El Nacional*, febrero 15, 1959, pp. 3, 9; *El Imparcial*, octubre 19, 1910, pp. 1, 5; octubre 20, 1910, pp. 1, 5; *El País*, octubre 17, 1910, p. 2; *El Dictamen*, junio 26, 1910, p. 4.

[45] *Periódico Oficial*, octubre 27, 1910, p. 3; Quirós, 1959, pp. 273-274; *El País*, octubre 18, 1910, p. 1; *El Dictamen*, junio 14, 1910, p. 1; junio 15, 1910, p. 1; junio 16, 1910, p. 1; junio 18, 1910, p. 1; junio 25, 1910, p. 4; julio 2, 1910, p. 1; julio 14, 1910, pp. 1-2; julio 27, 1910, p. 1; septiembre 28, 1910, p. 1; noviembre 3, 1910, p. 1.

[46] *El Dictamen*, junio 18, 1910, p. 1; *El Nacional*, febrero 15, 1959, pp. 3, 9; APD, Legajo XIX, núm. 004020, octubre 18, 1910; *El Tiempo*, octubre 19, 1910, p. 1; Casasola, 1960, I, p. 215; *El Imparcial*, enero 22, 1911, p. 1; Valadés, 1973, I, p. 193; ADN, XI/481.5/310, folletos 1-3.

Ciertamente, los liberales de Veracruz conectados con los desterrados habían tratado de reclutar al bandido, y hasta le habían nombrado jefe de un ejército liberal inexistente. Se ignora si Santanón sentía afinidad ideológica por la causa, pero es seguro que hubiera aceptado ayuda de cualquier lado. Según informes posteriores, en poder del bandolero había planes de insurrección liberales, pero esto puede haber sido una añagaza del gobierno para justificar la represión contra los radicales en todo el país.[47]

Un diputado federal, Salvador Díaz Mirón, más conocido por su poesía que por su labor legisladora, recibió en un momento de capricho presidencial unidades del ejército para rastraer al bandolero. Poeta contra bandido. Los mexicanos apenas podían contenerse. Muchos se entusiasmaban con las hazañas de Santanón. *La Evolución* decía que era un forajido, pero alababa su radical oposición a la autoridad. Y titulaba un artículo que trataba de él: "El héroe del día".[48]

Los Rurales al fin alcanzaron a Santanón en Mecayopán, en octubre de 1910. Los batidores de la policía rural lo hicieron salir de un campamento con veintiséis compañeros y se trabó un violento combate a tiros. Las unidades del ejército, que estaban cerca, se presentaron rápidamente y pusieron en fuga a los forajidos que, tras de seis horas de combate, dejaron ocho muertos, entre ellos Santanón. Los Rurales recibieron el crédito por esa muerte debido a que el teniente que los mandaba, Francisco Cárdenas, galopó hasta el puesto de telégrafos más cercano para comunicar el triunfo a sus superiores en la capital. (En 1913, Cárdenas asesinó al presidente Francisco I. Madero. Su papel en la muerte de Santanón le había valido el ascenso a capitán.) Lo más probable es que fuera un soldado del ejército regular quien diera muerte a Santanón, y es dudoso que los Rurales hubieran podido lidiar

[47] PADUA, 1936, pp. 46-48, 65-67, 75, 81; RDS, archivo núm. 812.00/450, Wilson a Knox, diciembre 15, 1910; *El Nacional*, febrero 15, 1959, pp. 3, 9; *El Dictamen*, junio 22, 1910, p. 1; COCKCROFT, 1968, pp. 154-155, 180.

[48] QUIRÓS, 1959, pp. 374-376; PADUA, 1936, p. 64; *El Nacional*, febrero 15, 1959, pp. 3, 9; *La Evolución*, julio 1, 1910, p. 1; *El Dictamen*, junio 22, 1910, p. 1; julio 22, 1910, p. 1.

con los bandidos sin apoyo del ejército. Pero tales pretensiones eran parte del proceso de formación de imagen que daba a la fuerza de policía rural mayor importancia de la que en realidad merecía su actuación.[49]

El desorden fomentado por la Revolución Mexicana de 1910 fue el más desarticulador y mortífero hasta ese momento. Con don Porfirio en temprano exilio, los enconados competidores por el poder estaban mejor definidos y organizados que nunca, y esto era uno de los resultados del desarrollo capitalista. Campesinos, proletarios, inversionistas extranjeros, una burguesía incipiente, las *élites* tradicionales, una multitud de marginados, sin olvidar a las potencias extranjeras en competencia, todos tenían interés en el resultado, que prometía al vencedor mayores recompensas que antes. Durante casi seis años hizo furor la lucha, llena de alianzas apresuradas y promesas incumplidas, hasta que en 1917 una facción encabezada por elementos de la clase media triunfó con dificultad. Estos requirieron otras tres décadas para asentar debidamente sus intereses.

Liberados por la violencia de la revolución de las inhibidoras estructuras de la sociedad porfiriana, muchos mexicanos doraron su proscripción con un matiz de patriotismo y saquearon a voluntad para su provecho. A mediados de 1911, el nuevo presidente, Francisco I. Madero, trató de reducir el desorden con soluciones antes probadas: ofreció a aquellos agresivos oportunistas puestos en su hipertrofiada fuerza de policía federal, pero la estratagema no dio resultado, porque la recompensa por el trabajo policiaco no equivalía, ni con mucho, a las ganancias que procuraba el saqueo indiscriminado. La incapacidad de Madero para impedir este desorden, pero sobre todo por el hecho de que la rebelión no había seguido su curso —faltaba decidir su orientación fundamental—

[49] *Mexican Herald*, octubre 25, 1910, p. 3; *El Dictamen*, 19 de octubre, 1910, pp. 1, 4; octubre 20, 1910, p. 1; noviembre 22, 1910, p. 1; APD, Leg. LXIX, núm. 004021, octubre 18, 1910; Leg. LXIX, núm. 004025, octubre 19, 1910; *Periódico Oficial*, octubre 27, 1910, pp. 1-2; AGS, vol. 54, núm. 182-183; PADUA, 1936, pp. 78-81; *El Imparcial*, octubre 19, 1910, pp. 1, 5; octubre 20, 1910, pp. 1, 5; enero 22, 1911, p. 1; *El País*, octubre 20, 1910, p. 3; 22 de octubre, 1910, p. 2; febrero 1, 1911, p. 3.

Madero perdió en 1913 el poder y la vida a manos de un usurpador, Victoriano Huerta. Durante algo más de un año, los revolucionarios rivales, dirigidos por el actual panteón de héroes, entre ellos Pancho Villa, Emiliano Zapata y Venustiano Carranza, limaron suficientemente sus diferencias principales para expulsar a Huerta y después volvieron a disputar por el sentido verdadero de la Revolución Mexicana. Cuando desapareció la causa común que configurara la contienda original, los depredadores tomaron partido de acuerdo con la ganancia potencial y se pasaron a un adversario cuando les pareció más conveniente.[50]

Bandoleros como José Inés Chávez García, aterrorizaban el Bajío, igual que aquellos sangrientos bandidos patriotas de la Intervención Francesa. Es posible que fuera Chávez el peor de todos. Se decía villista, aunque Villa lo desconocía, y desde mediados de 1915 hasta 1918, Chávez imperó en Michoacán y los distritos vecinos de Guanajuato y Jalisco. Él y sus fuerzas celebraban sus victorias violando vírgenes en los pueblos que saqueaban. El estupro era su marca de fábrica. Lázaro Cárdenas, Benigno Serrano y Anacleto López mandaron columnas contra Chávez, quien las eludía con astutas tácticas guerrilleras, pero la "influenza española", que azotaba gran parte de México en 1918, al fin alcanzó a Inés Chávez García y acabó con él.[51]

El mismo Pancho Villa sigue siendo un enigma en los estudios del bandolerismo. De joven, en Durango, fue abigeo, de esto no cabe duda. No se sabe exactamente qué lo empujaría a robar ganado. Unos dicen que agravios personales, otros que el afán de lucro. Pero cuando estalló la Revolución era capataz en una empresa constructora de ferrocarriles en Chihuahua. Algunos dirigentes de la rebelión convencieron a Villa de que llevara a la lucha a los hombres con los que trabajaba. Parece ignorarse lo que le ofrecieron concretamente a cambio.[52]

[50] VANDERWOOD, 1981, pp. 165-179.

[51] VALDOVINOS GARZA, 1960, pp. 12-27; SCHUSTER, 1947, pp. 246, 264; CASASOLA, 1960, II, p. 1297.

[52] STILLWELL y CROWELL, 1928, p. 38; BUSH, 1939, pp. 226-231; BEEZLEY, 1973, pp. 36-37; VANDERWOOD, 1976, pp. 560-561.

Villa tuvo suerte en aquella fase inicial de la Revolución y terminó siendo de los vencedores. Éstos lo colocaron en la primera empacadora de carne de Chihuahua. Enviaba carne de res a los Estados Unidos; no se sabe bien de dónde sacaba el ganado, pero su trato indica que conocía el negocio.[53]

Durante la contienda para derribar a Huerta y la lucha intestina que siguió, Villa se mostró a la vez reformador social y lucrador, pero hay sustancial controversia entre los historiadores acerca del grado en que fue uno y otro. Levantó grandes ejércitos en el norte, si bien se sabe poco de sus métodos de reclutamiento y los incentivos que ofrecía, es seguro que muchos creyeron en el hombre y/o en sus promesas. Al mismo tiempo, Villa reclutaba combatientes a la fuerza. En algunos casos la elección era simple con Villa o fusilado; pero tal exigencia es más atribuible a los indisciplinados lugartenientes que al jefe mismo.[54]

Al declinar su suerte en 1916 y 1917, los habitantes de pueblos situados en el territorio natal de Villa en Chihuahua, crearon unidades especiales de seguridad, llamadas *defensas sociales*, para proteger sus personas y sus pueblos de lo que ellos consideraban depredaciones del Centauro del Norte. Sus hombres violaron y pillaron en Namiquipa, población que había suministrado anteriormente soldados para la Revolución, y en algunas ocasiones sin duda para el propio Villa.[55] Finalmente, en 1920 el acosado rebelde aceptó del gobierno una hacienda en Durango a cambio de su pacífica obediencia. Al hacerlo dijeron algunos que traicionaba a la Revolución. Aun al ir creciendo Villa en la estimación nacional y ser más celebrado en la retórica oficial, sigue siendo bastante controverti-

[53] Beezley, 1973, pp. 93, 107.

[54] El material impreso relativo a Villa es voluminoso y creciente. En su mayoría polémico o por lo menos muy parcializado. Últimamente han aparecido varias investigaciones eruditas acerca de Villa, destacando Friedrich Katz, *The Secret War in Mexico; Europe, the United States, and the Mexican Revolution*. (Chicago: University of Chicago Press, 1981; trad. *La guerra secreta en México*. México, Ediciones Era, 1982, 2 tomos), y del mismo autor, "Pancho Villa and the attack on Columbus, New Mexico", *American Historical Review* 83 (February, 1978) pp. 101-130.

[55] Sepúlveda Otaiza, 1975, pp. 11-12; Rocha Islas, 1979.

do entre quienes mejor lo conocieron, la gente de su tierra.[56]

Para una persona puede ser bandolero el que para otra es un héroe. Un comerciante tiene un arma lista para rechazar a los malhechores y otro forma una sociedad con bandidos para su beneficio mutuo. Un campesino esconde a un reo perseguido de sus posibles captores mientras otros colaboran con la ley para darle caza. Es posible que una comunidad entera defienda a un bandolero por no considerar sus actividades fuera de lo moral ni de las normas de la comunidad. Pero el mismo bandolero quizá no sea socorrido en un pueblo vecino que tenga una idea diferente de lo que es conducta aceptable.[57] Con el tiempo, las actitudes públicas para con un bandido tal vez cambien, una época lo ensalza, otra lo teme. Y estos sentimientos encontrados en torno a los bandidos son tanto estimulados como confundidos por el hecho de que son también símbolos y sus historias mitos.

Los héroes bandidos se yerguen como símbolos de libertad en su actitud decidida y aun noble frente a las cadenas del mundo moderno. Con ánimo despreocupado y cerviz altiva, desafían a la autoridad que los acosa. Y los poderosos han reaccionado moldeando esos símbolos a su gusto y adaptándolos a su causa.

SIGLAS Y REFERENCIAS

ADN Archivo de la Defensa Nacional, México.

AGNM Archivo General de la Nación, Ramo de Gobernación, México.

AGS Archivo General Estado de Sonora, México.

APD Archivo Porfirio Díaz, Universidad de las Américas, Cholula, México.

MRP Mariano Riva Palacio Papers, Rare Documents, Benson Latin American Collection, University of Texas at Austin.

RDS Records of the Department of State relating to the Internal Affairs of Mexico, 1910-1929, Record Group 59, National Archives Microfilm Publication (Microcopy No. 274), Department of State, U.S. National Archives.

[56] Dulles, 1972, pp. 66-70, 178-180.

[57] Pitt-Rivers, 1954, pp. 178-179.

Anónimo

1981? *Chucho el Roto*. SEP, México, Cuadernos Mexicanos, Año 1, n. 4.

ARCHER, Christon I.

1982 "Banditry and revolution in New Spain, 1790-1821", *Bibliotheca Americana*, I (November, 1982), pp. 58-89.

Archivo mexicano

1856-1862 *Archivo Mexicano: Colección de leyes, decretos, circulares y otros documentos*. 6 t., México, Imprenta de V.G. Torres.

BECHER, Henry C.

1880 *A trip to Mexico, being notes of a journey from Lake Erie to Lake Tezcuco [sic] and back. . .* Toronto, Willing and Williamson.

BEEZLEY, William H.

1973 *Insurgent governor: Abraham Gonzalez and the Mexican Revolution in Chihuahua*. Lincoln, University of Nebraska Press.

BERGE, Dennis E. (trad. y ed.)

1975 *Considerations on the political and social situations of the Mexican Republic, 1847*. El Paso, Texas, Western Press.

BLOK, Anton

1972 "The peasant and the brigand: social banditry reconsidered", *Comparative Studies in Society and History*, XIV (September), pp. 494-503.

BRAVO UGARTE, José

1963-1964 *Historia sucinta de Michoacán*. 3 t., México, Editorial Jus.

BUENROSTRO, Felipe

1874 *Historia del primero y segundo congresos constitucionales de la república mexicana*. 9 t., México, Tipografía de F. Mata.

BUSH, Dr. Ira. J.

1939 *Gringo Doctor*. Caldwell, Caxon Printers.

CASASOLA, Gustavo

1960 *Historia gráfica de la revolución mexicana*. 5 t., México, Editorial F. Trillas.

CHANDLER, Billy Joe

1978 *The Bandit King, Lampião of Brazil*. College Station Texas A & M Press.

COATSWORTH, John H.

1978 "The mobility of labor in nineteenth century Mexican agriculture" (Paper presented at meeting of American Historical Association, San Francisco, December, 1978).

COCKCROFT, James D.

1968 *Intellectual precursors of the Mexican Revolution, 1900-1913.* Austin, University of Texas Press.

COFFIN, Alfred O.

1898 *Land without chimneys: or, the byways of Mexico.* Cincinnati, Editor Publishing Company.

COUTURIER, Edith B.

s.f. *Hacienda de Hueyapan: The history of a Mexican social and economic institution.* PhD Dissertation, Columbia University.

DULLES, J.W.F.

1972 *Yesterday in Mexico: A chronicle of the Revolution, 1919-1936.* Austin, University of Texas Press.

DUNBAR, Edward

1860-1861 *The Mexican Papers. . .* New York: J.A.H. Hasbrouck and Company.

EVANS, Albert S.

1870 *Our sister Republic: a gala trip through tropical Mexico in 1869-1870.* Hartford, Columbian Book Company.

FLORES, Guadalupe María y Angélica PEREGRINA

1978 "Historiografía: las gavillas en Jalisco de 1856 a 1863", *Boletín del Archivo Histórico de Jalisco,* II (mayo-agosto), pp. 2-7.

GARCÍA CUBAS, Antonio

1945 *El libro de mis recuerdos.* México, Editorial Patria.

GEIGER, John Lewis

1874 *A peep at Mexico: narrative of a journey across the Republic from the Pacific to the Gulf in December, 1873 and January, 1874.* London, Thrubner and Company.

GILL, Mario

1954 "Heraclio Bernal, caudillo frustrado", *Historia Mexicana,* IV:1 (13) (julio-septiembre), pp. 138-158.

GILLPATRICK, Owen W.

1912 *Wanderings in Mexico: the spirited chronicle of adventure in Mexican highways and by-ways by* Wallace Gillpatrick. . . London, E. Nash.

GIRON, Nicole

1976 *Heraclio Bernal; ¿bandolero, cacique o precursor de la Revolución?* México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.

GLANTZ, Margo, ed.

1964 *Viajes en México: crónicas extranjeras*. México, Secretaría de Obras Públicas.

GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, Luis

1973 "The Revolution of Independence", in Cosío Villegas, Daniel, *et al.*, *A compact History of Mexico*. México, El Colegio de México.

1976 "El liberalismo triunfante", en *Historia general de México*. México, El Colegio de México, t. 3.

GONZÁLEZ NAVARRO, Moisés

1957 *Historia moderna de México. El Porfiriato: La vida social*. México, Editorial Hermes.

GUERRERO, Julio

1901 *La génesis del crimen en México, estudio de psiquiatría social*. México, Librería de la Vda. de Ch. Bouret.

HARDY, R.W.H.

1829 *Travels in the interior of Mexico in 1825, 1826, 1827 and 1828*. London, Henry Colburn and Richard Bentley.

HILL, S.S.

1860 *Travels in Peru and Mexico*. 2 t., London, Longman, Green, Longman and Roberts.

HOBSBAWM, Eric J.

1969 *Bandits*. New York, Delacorte Press.

ISLA, Carlos

1980 *Chucho el Roto*. México, Ediciones ELA.

KNOX, Thomas W.

1902 *The boy travellers in Mexico: adventures of two youths in a journey to Northern and Central Mexico*. . . New York, Harper and Brothers.

LÓPEZ CÁMARA, Francisco

1967 *La estructura económica y social de México en la época de la reforma.* México, Siglo XXI Editores.

LÓPEZ-PORTILLO y ROJAS, José

1921 *Elevación y caída de Porfirio Díaz.* México, Librería Española.

LYON, G.F. Captain

1828 *Journal of a residence and tour in the Republic of Mexico in the year 1826, with some account of the mines in that country.* 2 t., London, John Murray.

MACLACHLAN, Colin M.

1974 *Criminal justice in eighteenth century Mexico: a study of the Tribunal of the Acordada.* Berkeley, University of California Press.

MARTÍNEZ RUIZ, Enrique

1970 "La crisis del orden público en España y la creación de la Guardia Civil", *Revista de Estudios Históricos de la Guardia Civil*, v, pp. 49-70.

MEYER, Brantz

1844 *Mexico as it was and as it is.* New York, J. Winchester, New World Press.

1850 *Mexico, Aztec, Spanish and Republican: a historical, geographical, statistical and social account of that Country. . .* 2 t., Hartford, S. Drake and Company.

MENDOZA, Vicente T.

1954 *El corrido mexicano.* México, Fondo de Cultura Económica.

NAKAYAMA A., Antonio

1975 *Sinaloa: el drama y sus actores.* México, Instituto Nacional de Antropología e Historia. (Colección Científica, núm. 20.)

OCHOA CAMPOS, Moisés

1966 *La Revolución Mexicana.* 4 t., México, Talleres Gráficos de la Nación.

ORTIZ VIDALES, Salvador

1949 *Los bandidos en la literatura mexicana.* México [Porrúa].

PADUA, C.D.

1936 *Movimiento revolucionario — 1906 en Veracruz. . .* Cuernavaca.

PAZ, Ireneo

1944 *Algunas campañas, 1836-1876.* México. Ediciones de la Secretaría de Educación Pública.

PEREGRINA, Angélica

1978 "Documentos: Antonio Rojas, un bandido jalisciense", *Boletín del Archivo Histórico de Jalisco,* II (mayo-agosto), pp. 9-12.

PITT-RIVERS, Julian A.

1954 *The People of the Sierra.* Chicago, University of Chicago Press.

POPOCA Y PALACIOS, Lamberto

1912 *Historia del vandalismo en el estado de Morelos, ¡ayer como ahora! 1860 (Plateados), 1911 (Zapatistas).* Puebla, Tipografía Guadalupana.

QUIRÓS, Constancio Bernaldo de

1959 *El bandolerismo en España y México.* México, Editorial Jurídica Mexicana.

REYES, J. Ascensión

1920 *Heraclio Bernal (El Rayo de Sinaloa).* San Antonio, Casa Editorial Lozano.

ROCHA ISLAS, Marta Eva

1979 "Del Villismo y las Defensas Sociales en Chihuahua, 1915-1920", Tesis, Universidad Autónoma de México.

SCHUSTER, Ernest Otto

1947 *Pancho Villa's shadow: the true story of Mexico's Robin Hood as told by his interpreter.* New York, Exposition Press.

SEPÚLVEDA OTAIZA, Ximena

1975 *La Revolución en Bachíniva.* México, Departamento de Etnología y Antropología Social, Instituto de Antropología e Historia.

SINKIN, Richard N.

1979 *The Mexican Reform, 1855-1876: A study in liberal nation building.* Austin, University of Texas Press.

STEPHENS, C.A.

s.f. *The knockabout club in the tropics. The aventures of a party of young men in New Mexico*. Boston, Estes and Lauriat.

STILLWELL, Arthur E. y James R. CROWELL

1928 "I had a hunch", *Saturday Evening Post*, CC (February 28), pp. 38.

TAYLOE, Edward Thornton

1959 *Mexico, 1825-1827: the journal and correspondence of Edward Thornton Tayloe*. Gardiner, C. Harvey, ed. Chapel Hill, University of North Carolina Press.

TAYLOR, William B.

1982 "Leaving poverty behind: bandit gangs in rural Jalisco, Mexico, 1794-1821", *Biblioteca Americana*, I (November, 1982), pp. 28-57.

THOMPSON, J. Eric S., ed.

1958 *Thomas Gage's travels in the New World*. Norman, University of Oklahoma Press.

TOSCANO MORENO, Alejandra y Enrique FLORESCANO

1976 "El sector externo y la organización espacial y regional de México 1521-1910", en Wilkie, James W., Meyer, Michael C. y Monzón de Wilkie, Edna, eds. *Contemporary Mexico: Papers of the IV International Congress of Mexican History*. Berkeley, University of California Press.

VALADÉS, José C.

1963 *Historia general de la Revolución Mexicana*. 10 t., México, M. Quesada Brandi.

VALDOVINOS GARZA, José

1960 *Tres capítulos de la política michoacana*. México, Ediciones "Casa de Michoacán".

VANDERWOOD, Paul J.

1970 "Genesis of the Rurales: Mexico's early struggle for public security", *Hispanic American Historical Review*, I (May).

1976 "The counter-guerrilla strategy of Porfirio Diaz", *Hispanic American Historical Review*, LVI, pp. 551-579.

1981 *Disorder and progress: bandits, police and Mexican development*. Lincoln, University of Nebraska.